

moria el encanto de lo maravilloso, de lo inaccesible! En el alma del ausente se vigorizan y alcanzan una rara significación los menores detalles, las gentes que jamás hubieran podido interesarnos. La fantasía recorre sitios y ve siluetas que *allá* no despertaban ninguna idea: las calles torcidas, las casas viejas, el loco del barrio, el perro que siempre estaba echado en algún portón por donde no se podía pasar sin temor...

Ocurren soliloquios sobre las cosas más vagas:—«¿Qué se habrá hecho aquel muchacho a quien el maestro le tiraba las orejas por bruto? ¿Y ese otro que era el mejor de la clase y cuyo nombre después no ha sonado jamás?»

El nostálgico suele pararse de repente en una calle de la ciudad extranjera, porque ha creído oír en el piano que suena por ahí cerca, el aire de alguna música escuchada otro tiempo en su país.

Le suspende el más leve perfume que evoque el recuerdo de la flor predilecta que con tanto cariño cultivaba su madre.

Y vive entre un mundo exterior que no percibe y un mundo interior y lejano que sólo ve su alma.

No! Los que no han dejado su patria, no comprenden por qué Andrés sobre el pecho de Nelo lloró!

Bajaron en tropel por el tortuoso sendero de las Montañuelas, a la última luz de la tarde. El fondo del valle estaba ya sombrío cuando lo divisaron desde la falda de Pan de Azúcar. Las cabalgaduras moderaron el trote entre las lajas y guijarros de la pendiente, y desfilaron una tras otra. Los jinetes iban silenciosos.

Volvió a formarse el grupo al comenzar la loma de la Ligua, cuyo suave declive permitía una carrera moderada.

De la sierra montuosa que quedaba atrás, bajaba un fuerte viento, que hacía agitar las puntas de las listadas mantas y revolvía las crines de los caballos. La angosta y larga loma se prolongaba entre los ríos Cali y Agua-

catal, con una longitud al parecer interminable.

Andrés descendía por la cuchilla, fijos los ojos en las eminencias que a occidente dominan la ciudad, hasta que distinguió en la falda del cerro de los Cristales, medio oculta por la arboleda de la estancia, la casita blanca donde pasó los más felices años de su niñez.

Un sentimiento dulce como el aroma de las flores campestres embargó su corazón.

Sus compañeros iban hablando en torno suyo, pero él callaba.

Vió también con cariño, la hermosa quinta de Santa Rita, allá abajo, en el fondo de la vega, con su amarilla techumbre en figura de T. Desde el patio la familia R\*\* le hacía señas con los pañuelos.

Se apagaba el crepúsculo y cerraba la noche, cuando del filo de la loma empezaron a descender, faldeando. Apenas se distinguían las blancas torres entre los follajes de las palmeras.

Estaba ya oscuro al pasar el río por el puente de Santa Rosa, y a todo el correr de los caballos entraban poco después en la ciudad, en el momento en que las campanas de San Francisco daban las siete, con aquellos alegres repiques que los caleños jamás olvidan en la ausencia.

Al tropel de las cabalgaduras en las primeras calles, salían a las puertas y ventanas las mujeres y muchachos del barrio, y de una a otra acera se decían:

—Es el joven del Campo, con todos los que fueron a encontrarlo.

Al doblar hacia la calle de su casa, Andrés lanzó su caballo como loco, adelante; penetró ciego al zaguán que estaba de par en par abierto, y al desmontarse en el patio fué recibido por unos brazos cariñosos y por un anhelante grito:

—Andrés!

Era su hermana Soledad, que lo condujo a una alcoba, donde una especie de sombra vestida de luto lo esperaba.